

El piano herido

Por Alvaro Ruibal



Alicia de Larrocha, durante una de sus intervenciones en el cursillo "Música en Compostela"

Tendrá que perdonar Alicia de Larrocha si al tropezarla, cosa que sucede muy de tarde en tarde, no le interroga sobre sus éxitos ante el gran público de los conciertos. ¿Para qué —me digo— si a la zaga de nuestra pianista galopa el encendido entusiasmo de los melómanos? Alicia se defiende del halago colocando sobre sus ojos burlescos el rubio antifaz de la ironía y retruca con el desdén de no conceder a su tarea la menor importancia. Que esta mujer menuda y vivaracha, con aire de maestra de escuela en disfrute de vacaciones, se endose el título de sucesor de Ricardo Viñas y alcance categoría europea, me obliga a situarla al lado de Paderewski, quien, en su gloriosa ancianidad, ya fatigado de pulsar los rutilantes pianos del fin de siglo, escaló por sus méritos artísticos la presidencia de la República de Polonia; o de Arturo Schnabel, un predestinado para los vales y nocturnos chopinianos y las acrobacias instrumentales de Liszt que, alcanzado por el resplandor impresionista de la moderna música española tuerce su trayectoria nórdica y se convierte en intérprete egregio de Albéniz y Manuel de Falla.

Cabe preguntarse, ante todo, que es, aparte de dominar la técnica, el oficio, un intérprete en música. Se dice pronto la palabra intérprete y hasta se nos antoja que su recia fonética exuda movilidad, acción y osadía. El caso

es que a pesar del descrédito actual del vocablo, la música necesita intermediarios. Sin la intervención de este personaje la música es simplemente un papel rayado y tiznado con unos signos de traza misteriosa y cabalística. Porque la obra de un compositor no será nunca tema de crítica, valoración o vulgar entretenimiento sin un intérprete, en función del cual nuestros oídos perciben el clamor poético de un alma apasionada y el hechizo de un momento fugitivo de la historia.

El mundo musical es un laberinto intrincado y confuso donde penetramos iluminados por la amortiguada luz de los Incididos. Oswald o Spengler, el gran pesimista de la cultura, había de irritarse por el hecho de que el tránsito de las generaciones comprendió el arte, no como organismo, sino como sistema; y a este error fundamental achaca desgracias innumerables. Tengo para mí que sólo los que conciben la música como palpación histórica de un cuerpo vital están preparados para recibirla, y sólo los intérpretes que arañan el espíritu del compositor, que yace trémulo sin enlaces con nuestro tiempo consiguen profundidad emotiva. No podemos escuchar la polifonía barroca de Juan Sebastián Bach sin chapuzarnos en esa atmósfera de religiosidad protestante de que nos habla Dilthey. Quién se deleite con "La tombeau de Couperin", de Maurice Ravel, ha de

repasar "El cementerio marino", con Paul Valéry. Y quizás sea más sencillo interpretar a Bela Bartók, a pesar de sus dificultades técnicas, que por otra parte permiten amplio margen al trueque y al escamoteo, que a cualquiera de los románticos, donde las notas nitidas y el ritmo elástico, por oleadas, exigen una pasión rayana a veces con el furor. Es el relativismo de la vida y de la cultura.

El intérprete no es nunca un filósofo de la historia, ni un historiador de las ideas ni un musicólogo repleto de datos y de recetas, pero ha de abrir con su estilete el sombrío recinto de la personalidad de un compositor y percibir un corazón que late. La intuición, como tantas veces en los matemáticos parece ser su senda de conocimiento. Casi siempre los niños prodigio son músicos y matemáticos. Un extraño temblor metafísico le transforma en el más delicado coleccionista de adivinanzas. Este es el fenómeno extraordinario de Alicia de Larrocha: zambullirse en la bruma del tiempo para adivinar su adentro lírico, aprehenderlo y hacerlo saltar entre las cuerdas del piano para que los oyentes columbremos lo que pudo acontecer, lo que pudimos haber sido. Pues la música envuelve como transparente cielo la cultura que cruza y los apetitos de los hombres que murieron con deseos insatisfechos de permanencia.

Alicia de Larrocha vaga esta temporada torturada por la preocupación. Aquel hijo de ingleses que trocó el textil por el piano falleció hace unos meses y Alicia asume la dirección de la Academia que fundó Enrique Granados. La herencia del duo Granados-Marshall palpita en sus manos. Yo comprendo los temores de Alicia, pero quien ha visto su diligente labor, quien ha contemplado sus horas de dura brega sobre el piano con sus discípulos sabe que el vacío de Marshall está cubierto por una figura universal. Siempre el destino de los grandes maestros ha sido la alta escuela de interpretación y de virtuosismo.

Nadie en el país ha ordenado como Alicia de Larrocha el silencio. La música no es solamente ritmo, melodía, armonía y timbre, sino también una administración perfecta y aérea de silencios. Alicia hiere el piano a fuerza de patetismo y de mutaciones silenciosas. Por eso su piano suena de otra manera, como el pájaro alcanzado por la perdigonada que se desploma entre trinos patéticos y silencio asimismo patético. En el fondo, la música constituye una serie de sonidos maravillosos montada sobre una leve estructura de silencios. Y esta lección Alicia de Larrocha la sabe de memoria.

El Ideal Gallego

Música en Compostela

El milagro de Alicia de Larrocha

A lo largo de su actuación como destacada profesora de los dos cursos "Música en Compostela", conocíamos y admirábamos a Alicia de Larrocha como excepcional intérprete de las obras pianísticas de los mejores compositores de nuestra patria. Su gran valía en el dominio de la música española era cosa en la que estábamos plenamente de acuerdo, con absoluta unanimidad, todos los que asistimos con más o menos asiduidad a las diversas sesiones de estos cursos y frecuentamos, por tanto, las clases de Piano de Alicia. Pero desconocíamos sus facultades y su dominio en otros campos de la música universal, por lo que deseábamos con verdadera ansiedad oír en un concierto normal, no dedicado exclusivamente a la música española; pues si estábamos todos conformes en que tocaba maravillosamente a Albéniz y Falla, y a Granados como nadie, ¿cómo serían las interpretaciones de Alicia de la música extranjera? ¿Qué carácter tendrían sus versiones de la obra —inequívoca en la formación pianística— de los grandes compositores extranjeros: Bach, Beethoven, Liszt, Schumann, Chopin? He aquí la expectativa que en nosotros despertaba el concierto que Alicia de Larrocha había de dar en la tarde del pasado sábado en la Sala de Arte del Hostal, en la serie de los de la Filarmonía.

Varios botones de muestra—verdaderas joyas—de su dominio en esos otros campos de la música extranjera nos ha ofrecido Alicia en esta ocasión, que son más que suficientes para considerarla tan extraordinaria intérprete de la música foránea como de la española, Bach, Beethoven y Chopin: la "Suite inglesa", núm. 2, del primero; la "Sonata" núm. 31, op. 110, del segundo, y una mazurca, una balada, un nocturno y la "Gran Polonesa" precedida del "Andante spianato", del tercero, obras éstas que integraban las dos primeras partes del concierto, estando constituida la tercera y última por cuatro obras de la "Iberia" de Albéniz, "El puerto", "Corpus Christi en Sevilla", "Málaga" y Navarra.

—¿Estuvo Alicia en Bach, Beethoven y Chopin a la misma altura que en Albéniz? Sin duda ninguna. La sonata de Beethoven no concebimos que se pueda tocar mejor, de forma más impresionante y llena de carácter que como a ella se la hemos oído, y si alguien nos dijera—lo que no creemos—que su interpretación podría ser superada por algún pianista de los cinco o seis que están considerados como las

primeras figuras de la pianística mundial, francamente tendríamos que reconocer nuestra incapacidad para calibrar superiores calidades, porque no es posible que nadie nos produjera más emoción musical con una interpretación ultrasuperior—y perdonémosnos la invención de semejante palabra—que la que nos produjo Alicia de Larrocha con la suya. Es que, amigos, estamos ante una artista entera y verdadera, que además de ser artista por naturaleza, hasta la médula, domina el oficio, la técnica, hasta el milagro. Y no decimos esta última palabra a humo de pajas, como quien se desboca por los caminos de la hipérbolo. No, la técnica de Alicia es un verdadero milagro, si no en el sentido teológico de la palabra, si en el sentido humano de la misma. Porque con sus manos chiquitinas—Dios se las bendiga—tocar como ella toca, tan bien, a nuestro juicio, como los mejores pianistas internacionales, con extraordinaria fuerza temperamental, riqueza de color y abundancia o más bien profusión de matices sonoros, pues hace sonar al piano de mil formas diferentes, y todo ello habiéndoselas con obras de la mayor complejidad técnica que cabe concebir, es algo que puede calificarse sin hipérbolo de verdaderamente milagroso. Porque, señores, parece imposible que Alicia con sus manos pueda abarcar una décima y sin embargo da cuantas décimas haya que dar y le suenan como los ángeles. ¿Cómo es posible? No lo sabemos, pero sonar suenan, cosa que nos hemos cuidado de comprobar, partitura en mano, en anterior ocasión, oyendo su grabación completa de la "Iberia" el que estas líneas escribe y dos amigos suyos, un excelente pianista—Alfredo Cancelo—y el cronista de "Música en Compostela", José Pablo de Silva. ¿Cómo es posible, repetimos? Milagro.

Pues bien, lo mismo que hemos dicho a propósito de la sonata de Beethoven lo podemos decir de la "Suite inglesa" de Bach y de la balada y polonesa de Chopin, lo cual ha sido suficiente para demostrarnos que Alicia de Larrocha es una gran pianista en todos los terrenos.

De cómo interpretó las cuatro obras de Albéniz que figuraban en programa y las dos del mismo autor—"Pavana" y "Triana"—que hubo de interpretar a mayores, ¿qué decir si ya está en el ánimo de todos que en obras de este género es insuperable?

JOSE RAPOSO MONTERO.